

AURORAS y TEMPESTADES REPUBLICANAS

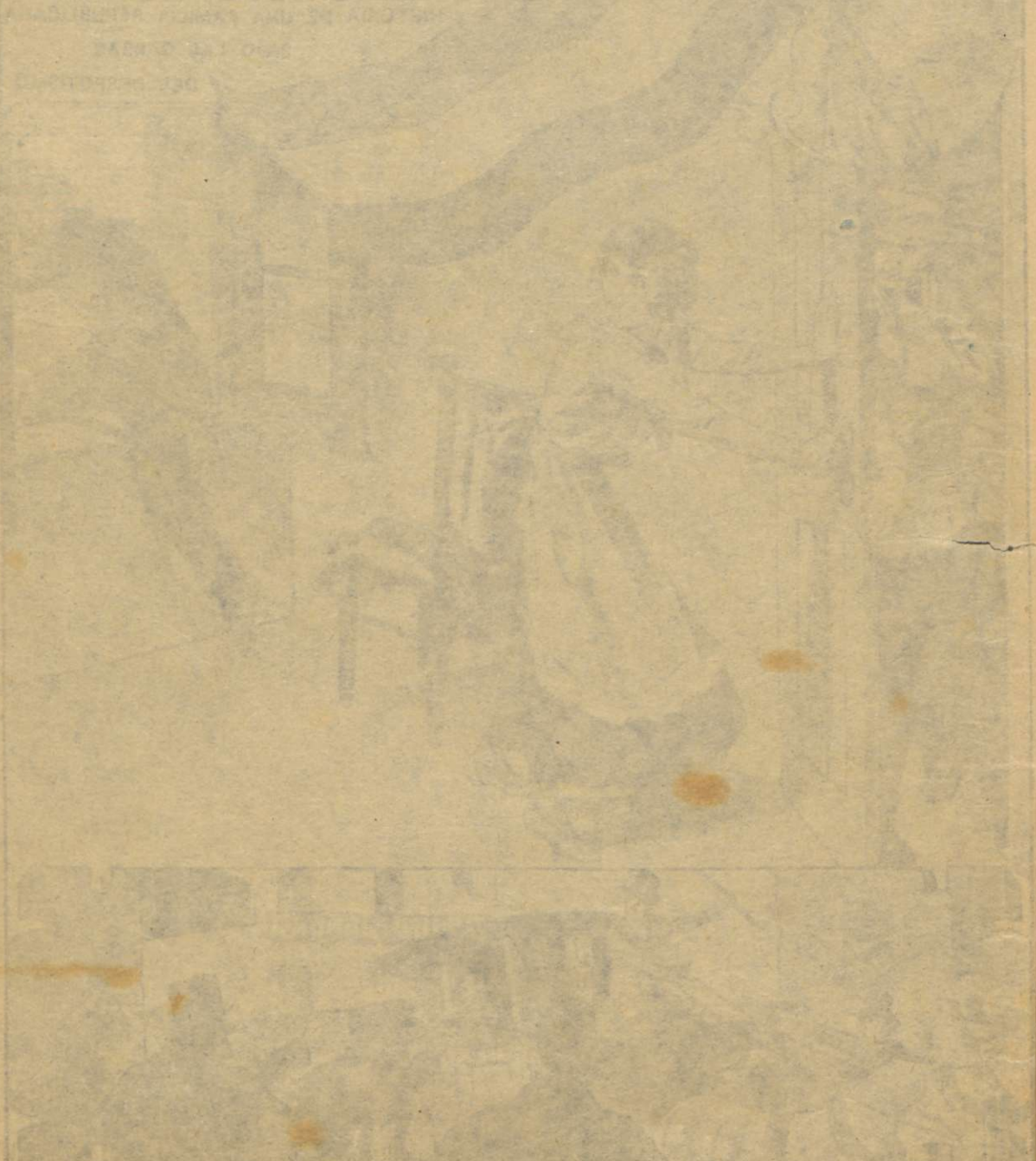
HISTORIA DE UNA FAMILIA REPUBLICANA

BAJO LAS GARRAS

DEL DESPOTISMO



LA REVISTA DE LAS AMÉRICAS
TEMPERATURAS Y TEMPERAMENTOS





CAPITULO XI

PRESA SEGURA

I: UN AUXILIO OPORTUNO.—II: EL LAZO.—III: EL ULTIMO RECURSO.
IV: LA MONJA DE LAS LLAGAS.

I

UN AUXILIO OPORTUNO

La marquesa de Sierraplata no era rica. Lo había sido y mucho antes de que su esposo, el difunto marqués resolviera defender y servir económicamente la causa de la reacción, y tras ella fuéronse los caudales que un día dieron fastuoso brillo al luego empobrecido y vergonzante marquesado.

Pero si la marquesa carecía de dinero, sobrada estaba de astucia y de la necesaria desaprensión para servir en la sombra de los salones tenebrosos la fratricida causa del pretendiente.

Había escogido para conseguirlo los caminos de una falsa caridad que abrieronle sin recelos las puertas de los hogares humildes, donde se peleaba contra el hambre y el absolutismo. Por ello la marquesa de Sierraplata podía ser acusada con justicia de algunos asesinatos cometidos misteriosamente tras una confidencia y una delación cautelosa.

Mientras que don Carlos avanzaba por las provincias norteñas, los falsos republicanos encendían el extremismo suicida en las masas obreras, sobre todo en la capital de la república y los agentes de la reacción aprovechaban, ocultos en el silencio de los palacios cortesanos todas las coyunturas, unas veces para ganar adeptos y otras alimentando el fuego de la rebelión popular para que, provocada la revulsión suicida, aspirando al logro inmediato de prematuras reivindicaciones hundido quedara el camino para consolidar la joven República.

El absolutismo necesitaba conseguir la completa desorganización social española para imponerse y a ello dedicaba todos sus esfuerzos, amparados por el avance militar de los antiguos apostólicos.

¡base cumpliendo el propósito, pero faltaba un punto, u ndetalle importante.

A partir del instante en que después de clausurado el club de la calle del Olmo, Pedro Recio fué detenido en la taberna de la Cava Baja, donde reuníase

con sus compañeros de Comité, éste había desaparecido. Sus componentes obraban protegidos por un secreto absoluto y los elementos reaccionarios apuraban todos los medios para poder hallarlos. Una vez conseguido tal deseo esperaban poder conducirlos a la derrota, viciando su prudencia acudiendo al soborno y en último caso, haciendo del asesinato un rápido medio eliminatorio.

La marquesa de Sierraplata había recibido instrucciones determinadas y precisas sobre el caso, pero todo su afán habíase estrellado en la derrota de sus mejores proyectos.

Y cuando menos lo esperaba cuando con viva inquietud comenzaba a pensar que su fracaso sería definitivo y tras él vendría el olvido y la miseria, llegó el padre Amador a señalarle inconsciente, el mejor camino, la única senda que podría llevarle al ansiado triunfo.

Pronto advirtió las ventajas que para ella podrían desprenderse de la misión recibida y cuando el clérigo le ofreció la mano a modo de despedida, respondió satisfecha a las recomendaciones del cura.

—Nada tiene usted que encargarme. Comprendo bien todo lo que desea y tanto el duquesito como vuestra paternidad, quedarán satisfechos.

—Será preciso no perder un momento.

—Ni un segundo padre Amador. Atienda usted a lo suyo que, por mi parte, antes de una hora lo tendré todo dispuesto.

—Antes que usted termine pasará por casa de la interesada.

—Como quiera, pero cuide de no entrar. Una sospecha, y todo lo echaríamos a perder.

—Esperaré junto al carruaje, después de apostar en sitio próximo a los hombres resueltos.

—No se olvide de aquello que le dije.

—¿Qué?

—Algo que pueda rendir a la fiera si por desgracia no fuera fácil convencerla.

—¡Ah!... Descuide. Irán preparados a cuanto sea preciso.

Cuando minutos después de este breve diálogo la de Sierraplata dejó caer en el mullido asiento de su berlina, a solas ya con su conciencia, dijose resueltamente:

—Mejor estará en Guadalajara. En el convento del Caballero de Gracia existe más peligro para esa muchacha y además no dispongo de una superiora tan decisiva y tan nuestra. Carmen hablará y respecto a que el duquesito pueda o no alcanzarla, ¡bah!, no pasa de ser para mí una cosa secundaria. En último término, después que Sor Patrocinio le haga confesar lo que necesitamos, no me faltarán medios para que Gonzalo llegue a conseguirlo todo, si no es que la muerte se adelanta y... la conquista se le queda en deseo.

La marquesa terminó sus reflexiones, dejando subir a sus labios una sonrisa fría y media hora más tarde daba instrucciones precisas a su mayordomo.

Resultado de aquellas órdenes fué que mientras dos horas después la de Sierraplata penetraba en la humilde vivienda de Andrés, ocupada entonces por Dolores y la prometida de Pedro Recio, junto al portal de la pobre casa deteníase una silla de posta a la que unidas estaban cuatro poderosas mulas.

Al padre Amador, que vigilaba en lugar próximo, no dejó de extrañarle semejante aparato para tan sólo cruzar algunas calles de Madrid y tan pronto destacó a sus hombres que a situarse fueron junto al umbral del pobre cuarto de Andrés, acércose al postillón a quien de antiguo conocía y sonriendo hábilmente expresó:

—¿Ya estás preparado, Marcial?

—¡Dios le guarde, señor cura!... Apostaría cuando por aquí le veo que también la señora le trae revuelto en lo de proteger a esa muchacha.

—¡Ando en ello, Marcial!... La señora marquesa es tan generosa y tan cristiana...

El padre Amador ignoraba adónde la de Sierraplata quería conducir a Carmen y calculó que más adelantaría haciéndole hablar al postillón que preguntando a la marquesa.

Tras un gesto indefinible que tanto podía traducirse por indolencia como por falta de interés, exclamó:

—Vais muy lejos y esán malos los caminos.

—¿Lejos le llama usted a Guadalajara? ¡Y con las mulas que lleva! Antes de que lo piensen estaremos en el convento de la Concepción.

—Ya sé que tienes buen ganado y no es la intención mía el despreciarlo, pero mucho tengo que hacer en Madrid y la marquesa tendrá una buena excusa para disculparme.

—La señora tampoco viene.

—¡No ha de ir!

—No, señor. ¡No viene!... Ya estuvo allá hace tres días con mucho secreto.

—No lo sabía...

—A saludar fué a Sor Patrocinio.

—Sor Patrocinio está en París.

—Estaba y pronto ha de marcharse otra vez de allí. Vino en secreto y pocos son los que lo saben. Dicen que don Carlos la mandó que viniera... Como en Madrid las cosas están a punto de reventar...

—¡Calla, Marcial!... ¡Calla! Tienes el vicio de hablar mucho más de lo necesario.

—Pero... ¡Si nadie nos oye!

—¿Qué sabes tú?...

—Perdone su merced...

—Sólo quiero saber quién ha de acompañar a esa muchacha.

—La Gertrudis, el ojo derecho de la señora, que llevará una carta para Sor Patrocinio.

—¡Silencio! ¡Ya salen!

Súbitamente y procediendo del portal de la casa, escuchóse un grito de angustia, ahogado de un modo absoluto y repentino. Era un grito de mujer y el postillón alzóse sorprendido sobre la parda mula que montaba.

Despegó los labios pero no llegó a pronunciar una sola palabra. El padre Amador, severamente, le impuso silencio.

II

EL LAZO

¿De qué modo habíase conducido la marquesa de Sierraplata para llevar a cabo su proyecto?

Dejámosla en el instante en que franqueada la entrada de la casa de Andrés atravesó el umbral y hallóse frente a Dolores que, rápida, se acercó agraciada a besarla las manos.

Apenas si la de Sierra plata la miró. Fijas estaban sus pupilas en Carmen, que, dominada por una lógica desconfianza, presenciaba la escena sin

despegar los labios. No dejó de advertir la muchacha tan profunda atención e instintivamente retrocedió unos pasos e inclinó el rostro.

Entré tanto, la madre de Andrés expresaba un poco aturdida:

—¡Dios mío y qué sorpresa! Quién iba a pensar que la señora se acordara tanto de nosotras. Siéntese, señora, siéntese si tanto honor quiere hacernos. Las sillas, ya lo ve... ¡son muy viejas!... pero somos tan pobres... Y además, mi pobre hijo...

—¡Desdichada!—exclamó la de Sierraplata tras un fingido gesto de resignación—. Si hubieras sabido convencer a tu hijo para que se apartara de malas compañías otra sería tu situación.

—¡Mucho supliqué señora... pero nada pude conseguir!

—¡En fin!... ¡Qué remedio! Dios querrá probar tu paciencia y has de llevar tu cruz resignadamente.

—Si no fuera por lo que la señora me ayuda...

—¡Bah!... Sólo tantos a socorrer que no tiene una para todos.

—La señora ha sido muy buena con nosotros.

—Sobre todo con tu hijo, que nada se merece.

—Perdónelo señora. Es joven y todavía no...

—¡Bien! Para ti siempre tendrá una disculpa. ¡Vamos a lo que importa! Supongo que debes hallarte en situación muy comprometida...

Dolores palideció súbitamente.

—La señora quiere decir...

—Con esta muchacha en tu casa y Andrés sin ganar un céntimo.

—¿Y qué hacer?... Carmen es muy buena y está sola en el mundo. Pasaremos como Dios quiera pero yo la defenderé mientras me queden fuerzas.

—¡Ilusiones! Venderás los cuatro trapos que te quedan y después...

—¡Dios dirá! Todo antes que se cometa una infamia, señora marquesa...

—¡Lo sé!

—¿Lo sabe?

—¡Completamente! Una locura de joven que por su nombre y por su riqueza imagina que para él no hay inconvenientes... ¡Bien caro ha pagado el capricho que no ha podido conseguir!... Quién sabe si a estas horas habrá entregado su alma a Dios.

—¡O al diablo señora!—exclamó Carmen, interviniendo por primera vez en la conversación.

—Procura la paz de tu espíritu, muchacha, que de cristianos es perdonar el mal que nos hacen.

Dolores habíase alzado de la silla y exclamó sin poder contenerse:

—Con todo se puede jugar menos con la honra de una mujer.

—Razón te sobra—replicó la de Sierraplata—. Siéntate y hablemos con tranquilidad. He venido a proponeros una cosa.

—Los deseos de la señora son órdenes para mí.

—Tan interesada como tú estoy en salvar a Carmen, cuyas virtudes he tenido ocasión de conocer...

—¿Y?...

—Había pensado que necesitando en mi casa a una muchacha de verdadera confianza nadie mejor que Carmen podía ocupar ese puesto.

—¡Yo!—exclamó la enamorada de Recio sorprendida.

—¡Tú!... ¿Por qué te asustas? En mi casa no puede amenazarte ningún peligro.

Dolores intervino, vencida por la proposición de la marquesa:

—La señora es muy bondadosa y junto a ella serás feliz, hija mía.

Carmen guardó un instante de silencio. No acertaba a determinar el peligro, pero nuevamente la honda inquietud de los instantes más comprometidos tornaba a rondar su espíritu, amenazando dominarlo.

A falta de una razón, de una negativa bastante eficaz para destruir la sencilla confianza de Dolores, expresó levemente:

—No sabría conducirme en su casa, señora. Las maneras de los pobres están muy lejos de la delicadeza aristocrática.

—Aprenderás de mí. Piensa que en esta casa no podrás continuar más tiempo. Desmanteladas están las paredes. Todo lo ha sacrificado ya esta pobre anciana para protegerte y tú no tienes derecho a sacrificarla.

—Yo quiero trabajar, señora. Quiero salir al taller y con mi trabajo podremos vivir las dos.

La de Sierraplata dejó escapar una leve carcajada, mientras la madre de Andrés, tomando entre las suyas las manos de la muchacha, exclamaba:

—¡Eso no, Carmen! ¡Eso no! Te persiguen y tan pronto pisaras la calle te verías detenida y sacrificada.

—¿Por qué?... Dicen que onzalo está gravemente herido.

—¡Infeliz!—intervino la marquesa—. Pero el duquesito tiene sus agentes, que no andarán muy lejos y que aprovecharán la primera ocasión para servirlo.

La enamorada de Recio consultó por última vez a Dolores con una mirada de angustia, pero no encontró más que la súplica para que obedeciera a la marquesa.

—Debo salir de aquí—pensó—. Esta mujer, acaso con razón, me obliga a marcharme. Lo ha vendido todo. Nos acecha el hambre. ¡Hay que resolver!

Carmen había inclinado el rostro. En su desesperada meditación, advertía el abismo que a sus pies ibase abriendo fatalmente y experimentaba la presión de una mano misteriosa que la empujaba hacia el sacrificio. La voz de la marquesa vino a interrumpir la desagradable reflexión:

—¡Por fin! ¿Qué decides?

—Quisiera saber adónde ha de llevarme...

—Ya te dije que a mi casa.

—¿Saldré de Madrid?

—De ningún modo—expresó la de Sierraplata, sin la menor vacilación.

—Entonces...

—¿Accedes por fin?

—Quisiera rogarle una cosa.

—¿Cuál?

—Que la señora Dolores pueda verme. Que yo pueda hablarla cuando quiera.

—¿Qué duda puede haber en ello? Dolores me conoce y sabe que nunca hice las cosas a medias.

—¿Y cuándo venga Pedro?

La marquesa palideció, guardó silencio y Carmen volvió a interrogar:

—¿Me dejará marcharme?

—¡Antes te casarás con él como Dios manda!

—¿Sin otro inconveniente?...

—Si él no lo provoca. Según mis informes, no quiere nada con las prácticas religiosas y estando tú bajo mi protección...

—¡No se preocupe, señora! Prométame que ninguna otra cosa podrá detenerme. Pedro irá a la iglesia... porque yo lo convenceré para que vaya.

—¡Ya lo tienes prometido! Da un beso a Dolores y vámonos.

La madre de Andrés exclamó apresurada:

—La señora tendrá que aguardar unos momentos. Voy a buscar la ropa de Carmen.

—¡No es preciso! Guárdela usted misma. En mi casa no ha de necesitarla.

Había llegado el momento decisivo. Un gesto, una palabra de la confiada anciana y Carmen hubiera resistido resueltamente, pero la madre de Andrés, feliz al considerar dichosa a su protegida, abrióla los brazos, aquellos brazos que lanzaban inconscientes a la víctima a los del verdugo y estrechó en ellos a la enamorada de Recio.

—Es la mano de la Providencia, hija mía—le dijo—. La fortuna sólo pasa por nuestro lado una vez en la vida y sería una locura despreciarla.

Carmen no respondió ni una sola palabra. Tan sólo dos lágrimas saltaron de sus pupilas y a perderse fueron en la comisura de sus trémulos labios.

Un momento después y seguida por la marquesa avanzaba hacia la puerta del cuarto.

III

EL ULTIMO RECURSO

¿Acaso fué instintiva revelación? ¿Súbita extrañeza?

Es lo cierto que apenas Carmen atravesó el umbral de la pobre estancia y descubrió la calle y en ella el coche de camino que por orden de la marquesa esperaba dióse perfecta cuenta de que la de Sierraplata había mentido.

Detúvose y quiso retroceder, pero la marquesa habíala sujetado por uno de los brazos.

—¡Vamos! ¿Qué te pasa?

—¡Usted me ha engañado, señora! ¡No me lleva a su casa como dijo!

—¡No he de llevarte!

—¡Nos espera un coche de camino! ¡Me van a sacar de Madrid!

—¡Vamos! ¡Adelante!... Estamos perdiendo mucho tiempo.

—¡No! ¡No me irá con usted! La señora Dolores y yo nos moriremos de hambre, pero no saldré de esta casa.

A tales palabras acompañó un resuelto movimiento de fuga y Carmen pudo desprenderse de la mano de la marquesa que la sujetaba.

Retrocedió ligera, pero apenas pudo avanzar algunos pasos hacia el interior de la vivienda. Dos hombres la detuvieron con tal energía que la muchacha resbaló en el afán de la carrera y hubiera caído desplomada de no haberla sostenido los brazos que acababan de detenerla.

Entonces el terror, la realidad de todos sus temores puso en su garganta un grito de angustia, grito que se apagó apenas lanzado.

Uno de aquellos esbirros aplicó al rostro de la víctima el narcótico y éste, disminuyendo súbitamente la actividad de su organismo, dejóla entregada a sus verdugos.

Dolores habíase dado perfecta cuenta de la escena; quiso avanzar para auxiliar a su protegida, pero Gertrudis, la doméstica de la marquesa, que junto al umbral esperaba, empujó a la sorprendida anciana, que retrocedió vacilando hasta el centro de la estancia y luego, rápidamente, cerró la puerta del cuarto.

Entre tanto, Carmen era conducida al interior del vehículo y la de Sierraplata acercábase apresurada al padre Amador:

—¿Se ha resistido?—interrogó el clérigo.

—Con tal decisión, que a no ser por el narcótico, hubiéramos fracasado.

—Lo temía. Ahora no hay que temer nada. Lo importante es salir de aquí sin perder un instante.

—¿Teme usted que Pedro regrese?

—Será muy difícil, pero no hay imposible nada bajo el cielo. Usted debe acompañarla a Guadalajara.

—Había pensado enviar a Gertrudis con una carta para Sor Patrocinio.

—De ningún modo. El asunto merece la pena, marquesa, para que usted tenga la bondad de molestarse.

El padre Amador había pronunciado aquellas palabras con visible severidad. La de Sierraplata advirtió en ellas una orden inapelable y concedió:

—Me lo pide usted y no encuentro palabras para negarme.

—¿Escribió usted esa carta?

—Desde luego.

—Pues rómpala. Ahorremos pruebas, que mañana puedan comprometernos.

—¿Sabía usted el cambio de ruta?

—Lo supuse al descubrir el carruaje.

—¿Hice bien?

—Perfectamente si deja preparado el terreno para sacarla de allí cuando sea necesario.

—Eso corre de mi cuenta y tan sólo por ese detalle, (me resigno a salir de Madrid.

—Yo regresaré inmediatamente al palacio de Albaida.

—¿Y si Gonzalo muere?

—Siempre habremos ganado un alma para el cielo... y una mujer bonita para la tierra.

—¡Vamos, padre Amador!

—Justo es alegrar el pensamiento con alguna sencilla picardía de cuándo en cuándo! ¡Ahora, marquesa, al coche!

—¡Hasta la vuelta!

—¡Adiós!

La de Sierraplata saltó al interior del vehículo. Carmen, inmóvil, con los párpados entornados reclinada estaba sobre uno de los asientos. La marquesa aposentóse frente a su víctima y junto a Gertudis y el postillón animó con un grito a las mulas.

Súbitat algarabía de campanillas, chasquidos de láigo y un momento más tarde la silla de posta alejóse hacia su destino.

El padre Amador dirigió una mirada indefinible hacia la cerrada puerta del refugio allanado y luego, lentamente, dirigióse hacia la señorial mansión del viejo duque de Albaida.

IV

LA MONJA DE LAS LLAGAS

Ignorábase en Guadalajara que Sor Patrocinio, y en el siglo María Rafaela Quiroga, la célebre monja de las llagas desterrada en París, hallárase, aunque provisionalmente, en el convento de la Concepción, situado en la parte más elevada de la capital de la Alcarria.

La que durante largos años había sido árbitro de la vida y de las libertades españolas no ha mucho había cruzado la frontera sigilosamente y amparada estaba, al servicio de la reacción, tras los gruesos muros del conventual edificio.

A partir del momento en que Sor Patrocinio atravesó los umbrales del cenobio, extremóse la vigilancia de tal modo, que llegó el convento a ser inaccesible, excepto para dos o tres personas.

De aquel pequeño grupo de elegidos formaba parte la marquesa de Sierraplata, cuyos prestigios en la comunión reaccionaria habían de aumentar considerablemente si lograba dar cima al negocio que habíala llevado en esta ocasión a tierras alcarreñas.

—¡Dios mío! ¿Acaso viene muerta esta mujer?

Y al interrogar así a la marquesa la hermana tornera retrocedió espantada al descubrir el pálido rostro de Carmen, conducida por uno de los esbirros ayudado por Gertudis.

La de Sierraplata sonrió levemente y exclamó después, tan pronto atravesó el umbral.

—No se asuste, hermana. Hubo de marearse por el vaivén del coche y está desvanecida. ¡Nada más! Será muy conveniente llevarla a su celda sin perder un segundo.

—Pero...

—Una cualquiera. Luego todo se arreglará.

—Entonces... ¿esta muchacha?

—Compañera vuestra de clausura ha-de ser, que bastante sufrió ya en la vida no obstante contar muy pocos años.

—¡Alabado sea Dios!... Vengan vengan por aquí.

Tras la monja siguió la pequeña comitiva que presidía la de Sierraplata. Atravesaron el callado patio conventual, donde junto a los viejos y polvorientos capiteles, cantaban los pájaros la dicha de su libertad absoluta y luego perdiéronse en obscuro pasadizo, a cuyo final la hermana tornera se detuvo.

Sin ruido abrió la puerta de la celda y ayudó a colocar a Carmen sobre el sencillo camastro.

El esbirro y Gertrudis, a una señal de la marquesa, habíanse retirado y la de Sierraplata volvió sobre sus pasos, y como conocía el camino perfectamente, sin que nadie hubiera de guiarla, dirigióse resuelta a la celda ocupada por Sor Patrocinio.

Llamó quedamente con los nudillos en la puerta entornada y luego atravesó el umbral.

La monja milagrera clavó en la marquesa sus pupilas.

Había en Sor Patrocinio aquella serenidad estudiada, de tanto valor para ella en sus buenos tiempos.

La marquesa, tras un reverente saludo y en los labios una leve sonrisa, avanzó sin ruido hacia la monja.



CAPITULO XII

EL AGUILA Y LA VIBORA

I. CAMINOS DE MARTIRIO.—II: EMPESO CRIMINAL.—III: EL CAZADOR CAZADO.
IV: LA SONRISA FRIA.

I

CAMINOS DE MARTIRIO

—¿Ha venido usted acompañada?

—Acompañada vine, madre abadesa.

—Ahorre títulos que todavía no poseo.

—Donde vuestra caridad se halle no habrá quien pueda disputarle el primer puesto. Ojalá que fuera de un modo definitivo y para siempre.

—No es fácil conseguirlo por ahora. He de volver a Francia. La señora no podría pasar sin mí amargada como está en su destierro.

—¿Os halláis cerca de doña Isabel?

—Tan cerca que muchas veces he de recoger y restañar sus lágrimas.

—¿Todavía?

—Todavía.

—Pero... creo saber, madre abadesa, que no es ese precisamente el camino que Dios nos tiene señalado. No es censura, sino el deseo de que la divina luz de vuestro espíritu pueda orientarme constantemente.

—Acertáis pero debo deciros que yo no he dejado el camino de la buena causa, pero ¡cuesta tan poco ser caritativa! Además... un consuelo oportuno puede evitar una rebeldía desagradable, y en estos momentos inoportuna.

—Los alfonsinos caminan cada día más confiados.

—Ilusiones. El camino de Dios está señalado y ungido ha sido Carlos VII por la gracia del señor...

—¡Así sea!

Hubo un instante de silencio entre las dos mujeres. Observábanse disimuladamente. Sor Patrocinio con cierto contenido desdén, la de Sierraplata procurando adivinar si la monja milagrera trabaja por la restauración y engañaba al absolutismo.

No había motivos ciertamente para imaginar tal cosa, pero en ambientes jesuíticos es obligada la flor de la desconfianza.

Sor Patrocinio fué la primera en romper el silencio.

—Enterada estoy de que lleváis entre manos cierta gestión difícil y si bien se mira muy expuesta.

—Peligrosa, madre abadesa, pero todo debemos darlo a la causa para su triunfo definitivo. Se trata de...

—No molestaros—interrumpió la monja—. Poseo copia de las instrucciones que habéis recibido y solamente quiero saber el resultado.

En otras circunstancias la dignidad de clase se hubiera rebelado, pero en aquellas circunstancias la de Sierraplata, adivinando un espionaje para su gestión, hubo de resignarse. Ante la monja era la esclava y como esclava debía conducirse.

Entornó los ojos para que sus pupilas no delataran la contenida rabia y exresó luego levemente:

—El resultado, madre abadesa, no puede ser más halagüeño.

—¡Explicaos!

—Os traigo la solución.

—¿Segura?

—¡Indudable!

—Perfectamente. Será premiada vuestra diligencia. ¿Sabe alguien ese resultado?

—Nadie... ¡Ni yo misma!

Sor Patrocinio reveló con un gesto su profunda extrañeza.

—¡No puedo comprenderos!

—Las primicias de tan importante asunto las he guardado para que vuestra caridad personalmente pueda recogerlas.

—¡Bien!... Pero...

—La muchacha que me acompañó a esta santa casa y que desde hoy dejaré bajo vuestra protección, es la compañera, la... ¡Perdonad el concepto!

—¡Comprendido;... ¡Prosiga!

—Pues bien. Digamos, compañera. Se trata de la compañera de Pedro

Recio.

—¡Ah!

—¿Adivináis?

—Entiendo nada más. Aprovechasteis la prisión de Recio para...

—¡Justamente!... Carmen, que así se llama la muchacha, conoce cuantos detalles son necesarios y aunque a principio la tuve convencida, para que me siguiera luego...

—¿De qué forma pudisteis convencerla?

—El heredero del duque de Albaida...

—¡Ah! ¿Luego esta muchacha es Carmen?

—¿Conocéis la historia?

—Perfectamente. Si Gonzalo se salva...

—Tendríamos que pagar con la muchacha el apoyo y el entusiasmo del viejo duque, allanando el camino a su heredero.

—Corréis demasiado, marquesa. Si la causa nos obligara...

—Pensando en ello, me permití advertiros.

—Sin embargo... es demasiado pronto... Pedro Recio ha muerto, ¿verdad?

—Lo ignoro.

—Yo también pero... ¿si para Carmen hubiera muerto, no suponéis que sería de mucho efecto la noticia?

—Carmen es rebelde, madre abadesa. La nerviosidad la llevaría a situaciones de violencia inconcebible.

—¡Bah!... Cómo se conoce que ignoráis cuanto con la vida de clausura se relaciona. No sabéis lo mucho que pesan los muros de un convento sobre un espíritu angustiado.

—¡Ah!

—¡Naturalmente! Las sombras pesan como plomo. El silencio es una mordaza y en la quietud de la celda los recuerdos son fantasmas que a veces amenazan aplastarnos. Las rebeldías del mundo se apagan aquí calladamente, tan en silencio, que las mayores estridencias suelen acabar con una lágrima.

—Siempre será vuestra la razón, madre abadesa.

—Ante dijisteis que después de haber convencido a esa muchacha...

—Protestó y hube de traerla violentamente.

—¿De qué manera?

—Un sencillo narcótico cuyos efectos aun duraban cuando la dejamos en la celda abierta por la hermana tornera.

—Entonces convendrá ir allí antes que llegue a despertar.

—La pueden conducir aquí, madre abadesa.

—De ningún modo. Esa circunstancia aumentaría su recelo y por tanto los inconvenientes de la entrevista. Iremos a buscarla.

—Cúmplase vuestra voluntad.

Silenciosamente salieron de la celda. Dos monjas con el rostro inclinado las escoltaban.

Las cuatro mujeres atravesaron el umbral de la celda ocupada por Carmen cuando ésta, recuperando el dominio sobre sí misma, abrió los ojos a la incierta luz del reducido recinto.

Sor Patrocinio acercóse al camastro resueltamente.

II

EMPEÑO CRIMINAL

La monja milagrera llevaba las manos casi ocultas en los famosos mitones que, para proteger las falsas llagas, habían de acompañarle hasta la tumba. Su figura, envuelta en el hábito blanco, destacábase rudamente en la sombra de la celda y en su rostro, al acercarse a la secuestrada, había una leve sonrisa de protección.

La marquesa con las religiosas que le acompañaban habían quedado junto a la puerta cerrada y las pupilas de Carmen, que habíase clavado en la figura de Sor Patrocinio no pudieron descubrir las.

La muchacha incorporóse rápidamente y con la inquietud profunda de su espíritu reflejada en el pálido rostro, cruzó las manos, enclavijó los dedos trémulos y de rodillas suplicó angustiada:

—¡Señora, protegedme!

—¿Me conoces?

—Besé vuestra santa mano muchas veces cuando era niña. Mi madre me dijo que la divina gracia os acompañaba y...

—¿Dónde me viste?

—En el convento del Caballero de Gracia. Vuestra caridad me ha salvado, ¿verdad?... La marquesa de Sierraplata es una infame. ¡Es una mala mujer!

—¡Vamos! Cálmate. La serenidad de tu espíritu ha de volver para que mi protección sea tan completa como deseo.

—He sido arrebatada cobardemente. ¡Esa mujer quiere mi deshonra!

—¡Basta!...

La severidad del ademán y del gesto impuso el mutismo.

Un llanto silencioso comenzó a resbalar por las mejillas de Carmen y pasados algunos segundos Sor Patrocinio expresó:

—Te dejaste llevar por una pasión maldita que te ha robado la quietud del espíritu y la pureza del cuerpo.

—¡Madre! Le quería y le quiero con toda mi alma... Me defendió de quien pretendía atropellarme.

—Para conseguirte.

—El también me quiere... Dios nos había creado el uno para el otro.

—Sin embargo te abandona acaso en los instantes de más peligro.

—Lo mandaba otro deber quizá tan sagrado como nuestro cariño.

—¿Llamas deber a sostener la revolución?

—¡Llamo deber a defender la libertad de conciencia!

—¡Jesús!... Muy hondas han llegado las raíces...

—¡Tan hondas como su cariño!

—¡Desdichada!... No sabes que sobre la pasión de las criaturas está la voluntad divina. Pedro Recio debía morir.

—¡Qué!

Y al pronunciar la exclamación, Carmen abrió mucho los ojos, sus labios temblaron y en todo su rostro reflejóse una desesperada ansiedad.

Sor Patrocinio, inflexible, prosiguió:

—Entereza de ánimo necesitas para rogar a Dios por su alma.

—Pero...

—Pedro Recio, conducido a la deportación, intentó fugarse y una bala le detuvo derribándole para siempre.

Un grito agudo, terrible, escapóse de los labios de Carmen y se ahogó en el silencio de la celda. La muchacha, arrastrada por una profunda desesperación, abrazó convulsiva las piernas de la monja.

—¡No es verdad! ¡No es verdad! ¡Diga que no es cierto!

La esfinge permaneció muda; ni un gesto ni la más leve palabra de consuelo.

La desesperación resolvióse por fin en llanto amargo y silencioso y el cuerpo de Carmen vino a desplomarse a los pies de la monja. Hondos estremecimientos agitaban a la víctima de la reacción y de la lascivia.

La de Sierraplata, por un instante hubo de arrepentirse de su obra. Pasó el minuto sentimental y comprendiendo que la escena no había terminado, ocultó su inquietud tras una violenta y fingida impasibilidad y esperó el desenlace.

Este no se hizo esperar. Sor Patrocinio, sin el menor respeto al hondo dolor de su víctima, hizo avanzar con un gesto a las dos religiosas y les ordenó que alzarán a la secuestrada.

—¡Basta de lamentos inútiles! Dios quiere que su justicia impuesta sea sobre la tierra y es preciso que dominando ese dolor, producto de una pasión carnal y censurable, te dispongas a responderme.

—¿Qué quiere usted de mí? Apenas si tengo fuerzas para mover los labios.

—¡Pues es preciso que recobres energías!

—¡Déjeme en paz por el amor de Dios!

—Por el amor de Dios precisamente exijo tu respuesta.

—¿Qué quiere saber?

—¿Quiénes son o fueron los compañeros de Comité de Pedro Recio?

Carmen alzó arrogante el lloroso rostro. No esperaba tal pretensión y al escucharla advirtió la verdadera razón de tantas violencias.

Acaso entonces sintió la indignación más profundamente. Gonzalo quería aprovecharse de su cuerpo, pero Sor Patrocinio pretendía envilecer su espíritu, provocando la delación, obligándola a una traición infame.

—¡Eso nunca!—imaginó la secuestrada.

Luego, lentamente expresó:

—No les conozco, nunca supe quiénes eran.

—¡Mientes! ¡Lo sabes y has de confesarlo! Satanás domina tu espíritu, pero dispongo de suficiente energía para reducirte.

—¡No hablaré! No mancharé mi conciencia con semejante delación.

—¡Basta! ¡El castigo dominará tu rebeldía!

Carmen no pudo defenderse. Las dos religiosas que permanecían a su lado, obedeciendo a un gesto de Sor Patrocinio rasgaron las sencillas vestiduras que cubrían su cuerpo. La carne blanca y suave, amenazada por el martirio, apareció desnuda.

Útil eran todos los esfuerzos de la víctima para escapar de sus verdugos. Una de las monjas alzó en su mano derecha la fusta rematada por agudos clavos y Sor Patrocinio retrocedió un paso. Iba a comenzar el tormento y la de Sierraplata que, oculta en la sombra presenciaba la repugnante escena, no pudo contener un agudo grito de espanto.

III

EL CAZADOR CAZADO

Mientras desarrollábanse los trágicos sucesos que dejamos relatados, lejos de Madrid, en plena noche y aprovechando el sueño de Pedro Recio, Tomás procuraba cumplir las órdenes recibidas del padre Amador. Así le dejamos en uno de nuestros precedentes capítulos.

No podía fracasar el atentado. Tan cerca estaba el cañón de la pistola de la frente de nuestro protagonista que Pedro hallábase entregado en absoluto al propósito criminal del esbirro.

No debía ser aquel el primer encargo que de semejante naturaleza había recibido Tomás. Lo delataba su serenidad absoluta y el cinismo con que horas antes había respondido a las preguntas de Andrés y de su presunta víctima.

Había llegado el instante decisivo y bastaba un ligero esfuerzo para consumir el asesinato.

El criminal emisario del clérigo presionó el gatillo de la pistola, pero falló el tiro. Acaso no disparó con decisión bastante. Produjose un ruido leve y seco y Tomás montó de nuevo la pistola. Pedro Recio no se había movido, pero el ligero ruido le despertó. Un instante abrió los ojos en la sombra y descubrió el movimiento de Tomás para montar el arma nuevamente. Tuvo Pedro la serenidad bastante para esperar y cuando el esbirro extendió de nuevo el brazo para apuntarle, ligero antes de que se produjera el disparo sujetó con fuerza la mano homicida. Luego la retorció enérgicamente hasta que de los labios del criminal escapóse un agudo grito de dolor.

La pistola había caído sobre el revuelto lecho que ocupaba Pedro y éste saltó rápidamente por la ventana abierta y pudo detener al esbirro que, a rastras, procuraba escapar a la justa venganza.

Bajo la tenue y pálida luz de las estrellas le sujetó por uno de los hombros y para verle el rostro hízole girar violentamente hasta dejarle desplomado, cara al cielo y con los brazos en cruz.

El criminal tenía la frente manchada de sangre. Esta fábale empurpurando el rostro y Pedro Recio inclinóse nervioso sobre el cuerpo quieto, acaso muerto que no pretendía oponer la menor resistencia.

—¡No es posible!—decíase el revolucionario—. Hace un segundo le vi avanzar para escapar de mis manos, pero... acaso ha podido morir en este instante.

Tomás había caído sobre las piedras cuando el castigo de Recio le hizo retorcerse. Al caer partióse la frente con un guijarro, pero, cobarde por naturaleza no quiso luchar con el que tan milagrosamente había escapado con vida. Le pareció mejor recurso la inmovilidad que podría engañar a su víctima.

Recio quería convencerse. Reconoció en Tomás al obrero aparecido en la venta horas antes y no dudaba que la saña de sus enemigos espiábase para acabar con su existencia.

En aquel hombre inmóvil hallábase el secreto, la trama terrible que le perseguía.

—¡Ha de hablar! ¡Es preciso que hable!

Sujetó sus muñecas y advirtió bajo la piel como la sangre golpeaba las venas.

—¡Vive! ¡Hablará y luego morirá sin remedio!

Hincadas en la tierra las rodillas, muy cerca los labios trémulos por la rabia, del ensangrentado rostro, unidos en la trágica escena bajo el misterio inmenso de la noche, Pedro Recio interrogó sordamente:

—¿Quién te manda?... ¡Responde! ¿Por qué quieres mi vida?

Tomás, dispuesto a responder con el silencio, permaneció encerrado en su mutismo.

No le valió tan arriesgada habilidad. Pedro Recio había puesto en el empeño toda su voluntad y no se resignaba a retroceder.

Engarfiados sus dedos dirigiéronse a la garganta del herido. Ya la rozaban, ya estaban a punto de ceñirla, de apretarla bárbaramente, cuando el miedo a morir soltó la lengua al esbirro.

Tomás comprendió que se imponía una confesión inmediata. ¿Cuál? El disimulo, el cálculo, la reserva mental acompañaba al cómplice del padre Amador hasta en aquellos instantes trágicos y decisivos. Imaginó rápidamente que sólo podría salvarle el desprecio de su víctima, el asco a poner sus manos sobre el enemigo ruin y cobarde. Era la mejor solución, teniendo en cuenta la ingenuidad, la nobleza franca y leal del revolucionario.

El esbirro movió los labios y aquel movimiento bastó para que las manos de Pedro Recio se detuvieran.

—¿Quieres hablar por fin?

—Obedezco a un hombre que te odia.

—¡Su nombre!

—Gonzale de Togoies.

—Lo esperaba. Es tan cobarde que para disputarme el amor de toda mi vida ha de valerse de un asesino como tú.

—Melimito a obedecer. Tu vida no me importa, pero necesito servir a mi amo.

—¿Cometiendo un asesinato?

—Los miserables no damos tanta importancia a la vida de un hombre.

—¡Canalla!

—Todos no hemos tenido la suerte de nacer generosos.

—Podría ahogarte, acabar contigo, pero siento asco de tocarte, el contacto de tu piel me quemaría las manos... ¡Bastante tienes con tu remordimiento!

Tomás tuvo la serenidad suficiente para fingir una cínica sonrisa de perfecta serenidad.

—Mátame si quieres. Cambiaremos los papeles y así serás tú el asesino y yo la víctima.

El cómplice del padre Amador había calculado bien la respuesta y la daba como segura. Esperó confiado.

Recio no podía comprender cómo un traidor, un cobarde que aprovechando su sueño había querido suprimirle, tenía la energía bastante para desafiarse.

Un poco aturdido, luchando aún con la rabia homicida que en lógica venganza engarfiaba sus dedos, interrogó:

—¿Es cierto que no te importaría morir?

—Acaso me juego la vida de todas maneras. No he logrado matarte y si escapo de tus uñas, quién sabe si los que te odian me sacrificarán a su venganza. Es el medio para que los dos desaparezcamos del mundo.

—No has de ser tú mi asesino. Te conozco y me guardaré de ti...

—No conseguirás nada. Otros a quienes no conoces recibirán el mismo encargo. El oro puede con la vida de los hombres.

La terrible amenaza saltaba a los labios del esbirro con naturalidad sorprendente.

Hubo un instante en que Recio envidió aquella serenidad que servía para dominar hasta el espanto de morir.

El herido iba perdiendo fuerzas visiblemente. Bajo la luz de las estrellas el obrero veíale palidecer y pensó que acaso la muerte le vengaba acercándose paso a paso al asesino, cuyo golpe había fallado afortunadamente.

Pasados algunos momentos de silencio, la respiración de Tomás hízose ruidosa y difícil.

¿Era cierto que el esbirro iba acercándose a los linderos de la eternidad? ¿Acaso todo ello no pasaba de ser un nuevo truco puesto en práctica por Tomás para salvarse?

La noche ponía sobre el alma de Pedro Recio la serenidad de los espacios infinitos. Toda la grandeza de la bóveda celeste maravillosamente estrellada iba ganando el corazón y la conciencia del obrero y en aquella misteriosa transformación del sentimiento parecían empequeñecerse todas las pasiones y morían los odios disolviéndose en la elevación ideológica del espíritu.

Hasta hubiese perdonado a Tomás si tras aquel perdón toda la humanidad del obrero, fatalmente pegada a la tierra, hubiérase convertido en algo fluido, intangible, uniéndose y ahogándose también en el espacio infinito.

Despertó por fin tras aquel minuto de renunciación hacia todas las cosas. La realidad volvía con todas sus inquietudes y todas sus tragedias.

Pedro Recio iba a separarse de su mortal enemigo, pero una viva inquietud agitó su espíritu súbitamente.

—¿Y Carmen? ¿Qué ha sido de Carmen? ¿Acaso ha podido encontrarla?
Tomás no respondió. La sangre que fluía abundantemente de su herida prodújole un desvanecimiento y durmióse regocijado en la inconsciencia. Antes de que sus ojos perdieran la luz, vió como Recio se apartaba. ¡El truco no había fallado!

Luego las ideas comenzaron a desdibujarse en su conciencia y cuando Recio quiso obligarle de nuevo a confesar, le halló frío, exánime.

—¡Víbora!—pronunció sordamente el revolucionario.

Pedro comenzó a retroceder lentamente. Consideró muerto a su enemigo y una repulsión misteriosa le apartaba del falso proletario.

De pronto advirtió Recio que suavemente le golpeaban la espalda.

Al girar la cabeza sus pupilas hallaron el rostro del coronel Pernas.

En el cielo rompían las sombras las primeras luces del nuevo día.

IV

LA SONRISA FRIA

—¿Te persegúa?

—Quiso asesinarme. Le sorprendí y al caer derribado se ha partido la cabeza.

—¡Bah! Un traidor menos. El caso no tiene importancia.

—¡Ladrón!

—Vamos. ¡Ya es hora de emprender la marcha!

Pedro, antes de alejarse empujó con el pie el cuerpo de Tomás y lo hizo con tal violencia que el emisario del padre Amador rodando fué monte abajo hasta perderse en la maleza.

* * *

Dos horas más tarde, y tras un detenido ojeo por los alrededores de la venta los sublevados y Pedro Recio, resolvieron emprender la marcha. El campesino dueño de la posada facilitó un caballo para nuestro protagonista y la pequeña comitiva púsose en camino. Mil peligros acechaban a los aventureros, pero el retroceso significaba la muerte y en el avance todavía existía una esperanza de triunfo.

Pedro Recio dejóse llevar por la cabalgadura. Su espíritu volaba hacia la capital de la República y el cuerpo vacío, muerto, en la indiferencia de un destino insospechado y acaso trágico, descansaba pesadamente sobre la silla, bamboleándose cuando el caballo vacilaba en las escarpaduras de la montaña.

Muy atrás bajo el primer rayo de sol, se alza lentamente un rostro rojo de sangre, obscuro por la tierra amasada sobre las mejillas. Es horrible la visión. En la máscara trágica dibújense unos ojos diminutos y vivos que, clavados están en la lejanía y unas manos manchadas también de sangre arañan la removida tierra, desgarrándose la piel en las afiladas aristas de los guijarros.

El aire fresco de la mañana ha devuelto al herido las energías. Después de muchos esfuerzos, Tomás logra incorporarse y mientras sus ojos no se separan de la figura de Recio, que va perdiéndose lentamente, en los labios del esbirro se dibuja una terrible y fría sonrisa de venganza.

¿LE INTERESAN LOS LIBROS DE AVENTURAS Y VIAJES?

LEA LA INTERESANTE COLECCION TITULADA:

LA NOVELA INFANTIL

QUE SE COMPONE DE LOS SIGUIENTES TITULOS:

- ROB-BOY, EL ESCOCES INVENCIBLE.—17 cuad., a 10 cts. cuaderno.
EL HOMBRE DE LA MASCARA DE HIERRO.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
CORAZON DE LEON, EL REY AVENTURERO.—18 cuad., a 10 cts. cuaderno.
MONTBARTS, EL PIRATA JUSTICIERO.—29 cuad., a 10 cts. cuaderno.
DICK TURPIN, EL AUDAZ ENMASCARADO.—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.
TOM TYLER, EL REY DE LOS COW-BOYS.—21 cuad., a 10 cts. cuaderno.
MANO DE HIERRO, EL ESPADACHIN INVENCIBLE.—12 cuad., a 10 cts. cuaderno.
BUFFALO BILL, EL EXTERMINADOR.—30 cuad., a 10 cts. cuaderno.
RUGGIERO, EL MISTERIOSO.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
KRAM, EL HIPNOTIZADOR.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
KEN MAYNARD, EL COW-BOY INVENCIBLE.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
BARBARROJA, LA FIERA DEL MAR.—15 cuad., a 10 cts. cuaderno.
SINMIEDO, EL DEMONIO DE LOS MARES.—50 cuad. a 10 cts. cuaderno.
LOS DEMONIOS DE LA SELVA.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
JIM BOY, EL TERROR DE LOS PIELS ROJAS.—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.
DRACK, EL REY DE LOS PIRATAS.—28 cuad., a 10 cts. cuaderno.
COLECCION DETECTIVESCA.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
LOS DRAMAS MISTERIOSOS.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
CORTACABEZAS, EL EXPLORADOR INVENCIBLE.—32 cuad., a 10 cts. cuaderno.
DE NORTE A SUR.—22 cuad., a 10 cts. cuaderno.
BILL NAVARRO, EL EXTERMINADOR DE LA PRADERA.—30 cuad., a 10 cts. cuaderno.
TOM MIX, EL COW-BOY INVENCIBLE.—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.
LAS GRANDES AVENTURAS.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
DIK, EL REY DE LA PRADERA.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
EL CORREO DE LYON, O UN INOCENTE GUILLOTINADO.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
AVENTURAS DEL CAPITAN RAYO.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
LOS CINCO INVENCIBLES.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
SANSON, EL PIRATA.—22 cuad., a 10 cts. cuaderno.
PUÑO DE ACERO, EL PEQUEÑO DETECTIVE.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
LA VIDA AVENTURERA.—12 cuad., a 10 cts. cuaderno.
MASCARA NEGRA, EL VENGADOR.—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.
BANDIDOS CELEBRES DE TODO EL MUNDO.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
JOSE MARIA, EL REY DE SIERRA MORENA.—24 cuad., a 10 cts. cuaderno.
EL TESORO DE LA ISLA DE FUEGO.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
LAS GRANDES AVENTURAS POR MAR.—14 cuad., a 10 cts. cuaderno.
BILL ROY, "El cow-boy justiciero", contra "OJO DE AGUILA", "El chaal de la pradera".—12 cuadernos, a 10 cts. cuaderno.
LOS CAMARADAS DE SATANAS.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
RAFFLES, EL REY DE LOS LADRONES DE FRAC.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
LAS CATAUMBAS DE LONDRES.—18 cuad., a 10 cts. cuaderno.
HENRY KRACK, EL TERROR DE LOS PIELS ROJAS.—4 cuad., a 15 cts. cuaderno.
BLANCOS Y PIELS ROJAS.—8 cuad., a 15 cts. cuaderno.
EL DUQUE FANTASMA.—4 cuad., a 15 cts. cuaderno.
BILL BULL, EL MAS CELEBRE DETECTIVE DEL MUNDO.—8 cuad. a 30 cts. cuaderno.
CINEMATOGRFO DE AVENTURAS.—8 cuad. a 20 cts. cuaderno.
EL CAPITAN LUCIFER.—6 cuad., a 20 cts. cuaderno.
EL AVENTURERO MILLONARIO.—24 cuad., a 10 cts. cuaderno.

Dichas obras puede Vd adquirirlas por mediación de nuestros corresponsales o pidiéndolas directamente a esta Editorial. El pago debe ser anticipado por giro postal o en sellos de franqueo.

Dirigir la correspondencia a las siguientes señas:

SR. D. JUAN BRUGUERA, EDITORIAL "EL GATO NEGRO"

MORA DE EBRO, 141

BARCELONA